



"ID QUOD IUSTUM EST". PERSPECTIVA DESDE LA RELIGIOSIDAD HELENICA

Angel Sánchez de la Torre

Los dioses griegos aparecen formando una comunidad o sociedad natural, y viven en el mundo, al lado de los hombres.

La figura de lo divino aparece positivamente allá donde se delimite un reino existencial ofreciendo al hombre una doble serie de ayudas:

Una es ontológica en cuanto que el dios se le aparece y revela al ser humano tomando formas reales que le sugieren al menos su presencia.

Otra es narrativa, en formas que sugieren al hombre dónde se trasluce la presencia y la cooperación divina, la cual traza la marcha natural del mundo mismo en que los hombres se dedican a sus propios asuntos.

Se da en la existencia natural de los griegos cierta "connaturalidad" entre dioses, héroes y humanos. Atena proporciona sensatez, y Apolo luz. Ambos participan como aliados o como enemigos en las empresas humanas, y otro tanto sucede con los diversos dioses.

Si hemos de atender a la teoría de Walter F. Otto, la experiencia religiosa se funda en una relación "cultural", pero en una fase más radical y profunda que los gestos del sacrificio, de la oración o de la libación aconsejadas por la liturgia realizada en el altar o en el

templo. Se trata de una realidad religante, consistente en una experiencia de naturaleza teórica apoyada en la dimensión luminosa del conocimiento visual (*theoreîn* significa "contemplar") que acredita la presencia inmediata y sumultánea de dioses y hombres en el mundo. De ahí la representación de los dioses en figura humana, y el resplandor divino que la estatuaria clásica confiere a esa misma figura tomada de los vivientes modelos humanos. La Forma del cuerpo humano constituye así un fenómeno esencial del simbolismo religioso en que la figura humana se diviniza y los dioses se "encarnan" para ser contemplados por los humanos.

La religión griega está humanizada. En su plasticidad figurativa vibra el misterio de la unidad del mundo reflejada por la unidad de los dioses olímpicos. Todo habla de la dimensión esplendorosa y mayestática de la naturaleza del mundo integrador de la coexistencia de pueblos, dioses y hazañas heroicas. En este escenario prodigioso desaparece lo efímero y pesado de lo positivo. La naturaleza es unidad de lo espiritual y lo eterno, en que se funden plenamente la inmediatez y el calor de las empresas humanas. La narración homérica no encuentra nada maravilloso en el hecho de la penetración de dioses y de hombres, ni siquiera en que aquéllos se hagan presentes a algunos de éstos. ¿Qué cosa será más natural, de que los poderosos dioses ayuden a sus devotos cuando éstos se hallan en medio de grandes y casi invencibles peligros?

Al saber que un dios protector se halla cerca, el hombre actúa serenamente y con aguzada capacidad de obrar acertadamente. Sólo este apoyo permite al humano actuar con plena racionalidad. Esta raíz religiosa revela, según W. F. Otto, la concepción de "naturaleza" que tan familiar nos resulta hoy en nuestro lenguaje y no siempre en nuestras teorías científicas acerca del hombre y de la sociedad.

Generalmente los filósofos sociales —influenciados muchas veces por un pensamiento poco especializado como resulta ahora Max Weber— confunden las vivencias religiosas, las mágicas y las mitológicas, y olvidan lo que de conocimiento racional hay en la



consideración religiosa del mundo. Max Weber –y nada digamos de los filósofos analíticos, o de los marxistas si aún hubiera– no fue jamás capaz de explicar cómo Aristóteles fue un filósofo del cambio social y cómo san Agustín fue un precursor de la filosofía de la historia de la estupidez humana –sin la cual apenas cabría entender casi nada de lo que en el transcurso del tiempo histórico viene acaeciendo–.

Efectivamente en la religión hay dimensiones mágicas. La fuerza y el acto rituales son categorías religiosas fundamentales. El alma humana contiene ciertas organizaciones peculiares que captan el sentido de lo maravilloso y la presencia de agentes cuyo poder alcanza efectos ilimitados, o sea, sobrenaturales. Pero la religión contiene también otras formas de representación de la realidad de tipo racional u objetivo, consistentes en la comprensión natural de los acontecimientos y del entorno de los mismos. En el fondo de esa experiencia natural aparecen también vigencias religiosas. La religión de la Grecia antigua ha captado las cosas de este mundo con el más agudo sentido de la realidad. Su templo es el mundo en toda su plenitud. Y su espíritu consiste en la capacidad de ver el mundo bañado del resplandor de los divino. No el mundo de las oscuras intuiciones de los místicos, sino el mundo de nuestra cotidianidad: el mundo que nos vió nacer, del que formamos parte, al que nuestros sentidos y nuestros recuerdos nos vinculan en cuerpo y alma.

Sucede en los poemas homéricos que nada viviente se halla fuera de la acción de los dioses. Estos se expresan en todo lo que sucede, se dice o se piensa. En su contraste aparecen las respuestas posibles a las cuestiones acerca de la vida y de la muerte, de la libertad y del destino. No son los dioses quienes determinan la naturaleza, sino ésta quien inspira la noción acerca de aquéllos. Las creencias antiguas están conectadas con la realidad terrena. Las grandes realidades son la tierra, el nacimiento, la sangre viva, la muerte. Las divinidades están reveladas en tales acontecimientos y vienen definidas por ellos. Mas también los elementos terrestres y

humanos aparecen sacralizados por los dioses. Lo elemental mantiene su santidad primordial. Las acciones de los dioses vienen definidas conforme a la naturaleza asignada a cada uno de ellos, todos nacidos de la conjunción eterna del Cielo y de la Tierra, y todos cooperantes en el riguroso mantenimiento de los santos estatutos de la naturaleza. El sol no rebasará los límites que en el cinturón del Cielo enseña la Justicia para su transcurso ondeante en su periplo anual. La diosa de la validez y de la necesidad *Thémis* se identifica con la ancestral divinidad, la más antigua entre los dioses, la Tierra eternamente imperecedera. Este mismo orden natural es el que separa dioses y hombres. Estos son mortales y deben volver al seno de la madre eterna. Aquéllos son inmortales y resplandecerán siempre entronizados en las órbitas planetarias que reposan sobre las relucientes cumbres y eternas nieves doradas del Olimpo.

Para distinguir lo que hay en la religión griega de mito y de racionalidad, es preciso distinguir lo siguiente: los dioses, en su acción, no usan de hechicerías o de milagrerías que recuerden las formas mágicas. Por el contrario, su poder, e incluso su esencia, reposa sobre la realidad de la naturaleza. El término "naturaleza", *Physis*, es la palabra nueva y luminosa que la sensatez del espíritu griego opone, llegado a su madurez, a la magia propia de los espíritus primitivos. Sólo en esta dimensión racional en que la radicación religiosa sigue hallándose presente puede entenderse la manera en que los griegos se encaminan hacia su creación artística y hacia su creación de las formas políticas de la convivencia racional.

La justicia no es una cualidad indiferenciada. Hay dioses, como el brutal Ares, que "no conocen lo que es justo" (*Iliada*, V, 761). El privilegio de la suprema justicia sólo pertenecerá al rey de los dioses y de los hombres, Zeus. Pero otros dioses aportarán elementos precisos para que el hombre pueda llegar a participar de esa mente divina acerca de lo justo. Por ejemplo Atena. Esta ofrece la claridad divina de la acción mediata, la preparación incesante



para el esfuerzo decisivo, la voluntad siempre renovada de vencer. La sensibilidad femenina lleva al espíritu del varón, siempre tentado de lo infinito y olvidado del instante presente. La diosa Atena, inteligencia de clara mirada, reconoce en la realidad la llegada del momento decisivo para el éxito de la empresa.

La figura de Apolo interioriza la dimensión del conocimiento humano. El mandato "conócete a tí mismo" constituye parte imprescindible de la conciencia natural del ser humano situado en el mundo. Apolo proporciona al ser humano, no ya la abstracta dimensión del Yo frente al No-Yo que explica la travesía del pensamiento europeo moderno entre Descartes y Fichte, sino la concreta dimensión del "ensimismamiento" frente a la "alteración" irrelevante –según la agudísima interpretación antropológica de Ortega. El hombre conoce su propia capacidad, vislumbra la inmensidad que le separa del poder divino de los inmortales y se previene para actuar dentro de los límites de lo humano. El *Onphalos* hincado en el templo de Delfos retiene la centralidad del hombre en el mundo junto a la fecundidad de la tierra, ceñida por las azules aguas del golfo de Corinto, y calmada por las aguas surgidas en la fuente Castalia para refrigerio de los peregrinos e inspiración de las Musas de todas las artes. Apolo es el dios que hace posible la justicia mediante la expiación liberadora de las maldiciones que el remordimiento y la venganza atraen sobre la cabeza de los homicidas. Sin su ayuda no hubiera habido tribunales ni, por tanto, justicia. El crimen convertía al culpable en impuro. Mas la impureza consistía en la ruptura del orden natural. ¿Es la infracción de la naturaleza lo que definía al impuro, antes de que se estimara como impuro al mero infractor de la natural necesidad de convivencia? La impureza no sería sino la denominación en términos religiosos de un fenómeno primario basado en una racionalidad natural.

Apolo es también el dios de la armonía. Las proporciones de las diversas cuerdas de la lira producen el equilibrio de la razón convivencial, cuyas resonancias constituyen placer para los dioses

(*Iliada*, I, 603-604), pero que tañidas por Orfeo convierten en humanos a los feroces salvajes primordiales. Los ritmos apolíneos generan la proporción y la belleza. Embruja y amansa a los animales salvajes (Eurípides, *Alceste*, 579 ss.). Las piedras reflejan su armonía y se amañan para alzar las murallas (Apolonio de Rodas, I, 740). Los rebaños prosperan. Los jóvenes adquieren vigor y belleza siguiendo desnudos los ritmos apolíneos, y los ancianos serenan su juicio bajo resonancias más lentas y graves. La naturaleza humana se ennoblece siguiendo las reglas de la armonía y rechazando toda desmesura. Las mismas cuerdas de la lira que presiden las celebraciones festivas en tiempos de paz, tensan la potencia del arco cuando hay que conducir los dardos hasta el cuerpo de los enemigos en la guerra. (Según el verso de Ovidio, *Metamorfosis* X, 108: *Qui citharam nervis et nervis temperat arcum*). El arco y la lira son los instrumentos de Apolo, ambos están tensos por sus cuerdas (*nómoi*) y ambos tienden a ordenar el esfuerzo para acertar: en la armonía de la paz, en el blanco de la guerra, actuando desde lejos y abarcando el espacio de la convivencia civil bajo cualquier contingencia. Apolo es el dios de las artes que buscan la precisión y la claridad, creando formas eternas que configuran la naturaleza y sitúan en su centro al protagonista de la acción concreta: al individuo que conoce y que distingue, que temple y que ordena, que tranquiliza y que protege. Apolo proyecta sus obras en el ámbito resplandeciente de claridad, donde instala el reino del orden y de la medida exacta en que se proyecta, mirando las distancias, la libertad. Los sonos de su lira mantienen al universo en la armonía de sus movimientos rítmicos, brotados del choque de la luz del sol sobre los contrastes de la realidad universal.

Otra diosa, Artemis (Diana) simboliza la naturaleza virgen, rebosante de pureza y de crueldad desdeñosa cuando alcanza con sus dardos la caza que ramonea en el bosque originario. Representa la santa unidad de la naturaleza intacta, antes de que la presencia humana la hubiera llenado de chozas humeantes, la

hubiera desgajado para levantar templos, la hubiera surcado para obtener cereales. Artemis danza libremente, se baña en las aguas claras, disfruta de la naturaleza incólume. Ampara los cervatillos desvalidos, pero recibe también los homenajes del cazador, cuando éste cuelga de los troncos del bosque y de los aleros de su vivienda las cabezas de las piezas que la benignidad de Artemis le ha permitido alcanzar, para obtener alimento y abrigo. Artemis enseña al cazador y al viajero a orientarse en lo más intrincado del bosque, para que encuentre el camino que le conducirá hasta el calor del abrazo de los suyos. Es la diosa virgen que protege el fuego del hogar. Si Atena daba al hombre decisión, y Apolo certeza, Artemis le traía calidez.

La nacida de la espuma, Afrodita, representaba la fecundidad y el goce de la vida. Es la naturaleza en eclosión fecunda, diosa de las flores y de la primavera, a cuyo encanto ni hombres, ni bestias, ni dioses hubieran podido resistirse. Según Homero (*Himno Primero a Afrodita* 34-35): "...a los dioses despierta el dulce deseo, somete la raza de los hombres mortales, así como a las aves del cielo y a todas las fieras tanto habiten sobre tierra firme o en el mar... Nadie es capaz de sustraerse a su poder, trátese de bienaventurado dios o de hombre mortal". Todo cuanto hay en la naturaleza de seductor, atractivo o amable encuentra en ella su nombre (*venustus*). La amabilidad que hacía amenas y adorables las relaciones entre la gente nacían de la gracia de Afrodita. Pero también la gracia –como ejemplo la "gracia andaluza"– de acoger y de comprender, de dominar y de agasajar, de sentirse bien y de hacer feliz, tanto en el mundo del pensamiento como en la tarea de las artes de cultura, eran obra de Afrodita. Es la belleza sonriente que atrae por su propia cualidad, es el encantamiento de la mirada. Es el poder sin violencia que atrae unos hacia otros, es el símbolo de la sociabilidad.

Pero el dios más amigo de los humanos es Hermes, Mercurio. El ha sido el maestro de la libertad, de la expansión, de la novedad. Mensajero de los dioses, más que fuerza y sabiduría ostenta

agilidad y habilidad para no comunicar sus mensajes "sino a quien conmigo va" –como el Conde Arnaldos de la antigua letrilla castellana. Es portador de un caduceo maravilloso, un bastón alado cuyo encantamiento contiene y prodiga prosperidad y riquezas, y protección contra todo mal. Hermes confiere al hombre el sello de "ganador", es el dios de la "ganancia", tanto la ocasional como la deliberada y duramente buscada con el trabajo. Hermes indica alguna vez en la vida que es llegado el momento de la ocasión, momento en que debe uno mostrar cualidades para alcanzar objetivos mucho tiempo soñados. Ni siquiera los astutos ladrones quedan fuera de su protección. Pero en la carrera de astucia los mercantes deben aguzar su ingenio para prevenir los asaltos producidos en los caminos boscosos o en los muelles donde arriban sus panzudas naves. El progreso camina a impulso de los negocios mercantiles que trazan el surco de la prosperidad común. Hermes es el dios de toda ganancia que conlleva goces aunque deba superar ligeros escrúpulos. Pero también es el dios de los ganados y de su fecundidad. Es el pastor de los rebaños y su divinidad los conduce hacia los pastos enjundiosos. Hermes aparece, en el homérico *Himno a Hermes* (I), como espíritu benigno que, desde el amanecer, conduce los ganados fuera de su empalizada y los orienta juiciosamente hacia los mejores pastos. Protege también a los humanos en sus amores. Hermes ayuda a los pastores que otean entre las enramadas los andares de su amada y la raptan para conducirla al escondite donde no los encontrarán los parientes que salgan en su busca. Hermes protegería tal vez aquellos amores en que "mozuela de Bores" fue conducida por su enamorado pastor hacia donde "fueron las flores de cabe Espinama los encobridores".

Hermes es también dios de los caminos. Los "hormazos" en que se amontonan los cantos sueltos en las encrucijadas de las comarcas de Asturias, Galicia y Cantabria eran también en Grecia formados por los viajeros que las iban depositando en homenaje al dios que les inspiraba para tomar el buen camino. Sobre el montón



podía imaginarse sentado al dios de los caminos, con alas prendidas en sus tobillos y la cabeza cubierta de un sombrero viajero de amplias alas —como el sombrero de sant-Iago. Un dios que inspiraba también melancolías y que, penetrando en una habitación por el hueco de la cerradura producía un silencio entre los contertulios. "Hermes acaba de entrar" —decían en tal ocasión, como ahora suele decirse "ha pasado un ángel". La lira de Hermes adormece a los dolientes y exalta a los felices. Su caduceo desparrama alegría, afecto y sueños tranquilos. Por ello se le agradecía al despertar de un feliz sueño, o cuando el estornudo liberaba de opresión los senos nasales. Hermes es el dios que orienta y humaniza las actividades de los terrestres: la prosperidad, el trabajo hábil, la libertad de movimientos, la discreta astucia como recursos que satisfarán sus necesidades básicas.

Los rasgos de las divinidades olímpicas definían los perfiles más eminentes de la realidad natural. De cualquier modo que su idea hubiera ido configurándose en la fantasía de los poetas y de los sacerdotes, resultaban ser el paradigma de la actividad creadora, y el diseño admirable que los humanos tratarían de imitar. Las cualidades de la especie humana no podían ser entendidas como ideaciones abstractas, sino como connotaciones concretas que cualificaban de tal modo a sus protagonistas reales que eran los dioses. La inmortalidad y la juventud, la plenitud y la belleza inmarchitable constituían el esplendor de los protagonistas divinos. El conocimiento no era, por ejemplo, atributo de un reflexivo anciano, sino resplandor sobre la joven frente del dios Apolo. Pues, en definitiva ¿qué eran por su lado los humanos? pobres criaturas que, tras breve florecer, se mustian y anonadan (*Iliada*, XXI, 464).

Los dioses comparten su existencia con los humanos, pero están situados en un nivel muy superior de existencia, aunque sus perfiles estén tan cercanos a las figuras de los hombres por su apariencia exterior. Pero la perfección, el poder y la inmortalidad eran cualidades no compartidas sino reservadas para ellos solos.

Mas la participación vital de los dioses no se detenía solamente en los humanos. También descendía hacia otros seres vivientes. Zeus podía tomar la forma de un toro, y su hermana-esposa Hera la de una vaca. Poseidón era también el veloz caballo cuyos cascos hacían retemblar la superficie de la tierra. Artemis era la remedidora contra la ferocidad de la destructora osa, y de ella adquiría también la forma totémica. La encarnadura salvaje de las fieras se transmitía también hacia los reyes de pueblos que tomaban por totem al animal que representaba al dios. Cuando Agamenón, rey de Argos y jefe de los griegos que combatían contra Ilión, se alzó en medio de la asamblea para dirigir sus palabras irritadas contra el valiente Aquiles que pretendía llevarse consigo a la joven princesa que él mismo había capturado, asumió la dignidad del dios de Argos, y su autoridad se le trasfundió indiscutida.

Mas, desde las entrañas de la tierra ascienden también hacia la compañía de los dioses profundas manifestaciones de la naturaleza entera. La preeminencia de los olímpicos no oscurece, sino que más bien acoge y organiza en funciones arcaicas de las divinidades obscuras de tiempos pretéritos, las aún venerables figuras que inspiraron los eternos terrores de la humanidad primitiva. Si bien el protagonismo de los dioses olímpicos implicaba que los dioses ctónicos quedaran postergados y olvidados retornando de algún modo a los abismos de que habían surgido. Así la diosa Noche, de donde nacieron todos los seres, domadora de dioses y de hombres (*Iliada*, XIV, 259). Las Erinias, hijas terribles de la noche que castigan a los perjuros y a los hijos malditos por sus padres.

Entre estas divinidades aparece la tierra *Themis*, una de las apariencias más venerables de la Tierra-Madre. Ella es el espíritu y la necesidad del Orden, y tiene por hijas las tres Horas: Justicia, Derecho y Paz, las cuales "prestan su atención a las obras de los hombres mortales" (Esquilo, *Prometeo encadenado*, 209). Pero esta divinidad del Orden ha tenido una envidiable fortuna en la cultura griega. El propio Zeus la ha elevado hasta su rango olímpico y la ha convertido en su esposa (Hesiodo, *Teogonía*, 901-

906). Themis era la diosa Tierra que reunía a los hombres para que se pusieran de acuerdo y que les inspiraba sensatas razones. Ella distribuía la riqueza, el orden de la paz, configuraba la belleza de las mujeres y hacía surgir la sonrisa en los rostros de los niños. Themis era el derecho sagrado, o sea, la bendición o maldición asignados a los hombres.

Pero sobre el Olimpo, sobre los hombres, sobre los animales y sobre la tierra, el mar y el cielo, reinaba el dios supremo del éter. La morada etérea de los dioses era el reino más sublime del más alto dios, Zeus.

La jerarquía de los seres es también la jerarquía de los dioses y de sus manifestaciones naturales. Por tanto la naturaleza entera queda traspasada de espíritu y de sentido. Espíritu y naturaleza están indisolublemente unidos y viven uno para otro. La religión homérica es una revelación de la naturaleza en su significación humana, y no solamente una construcción de la familia divina. La figura de los dioses olímpicos está representando, o se halla representada, por la fidelidad más íntima a la estructura de la naturaleza.

De este modo se entiende cómo el carácter sagrado de la naturaleza está insertado en la esencia de las divinidades del reino de la luz. Los dioses se hallan en medio del mundo. Desde las amplias llanuras de Tesalia se perciben los rayos reflejados en las cimas del Olimpo al caer la tarde, así como los navegantes por el golfo Térmico y los moradores de la península de Potidea agradecen su vista cuando se levantan las neblinas del amanecer. Por tanto la divinidad no es una dimensión aislada del mundo, sino que, por el contrario, gracias a su presencia vivificadora y resplandeciente es todo el mundo quien aparece como una totalidad conducida hacia su realización. En el seno de la naturaleza brilla la presencia de los dioses que destella en el rocío de las praderas y en las ondulaciones del mar. Los dioses se recrean en la agilidad de las fieras salvajes y en la torpeza de los recién nacidos cervatillos. Pero también el hombre pertenece a su reino. Las divinidades presiden el nacimiento y la muerte, la ligereza y la danza, la reciedumbre del

despertar y el sudor del mediodía. La naturaleza entera aparece como armonía transcendida de la presencia divina. Los poderes olímpicos manifiestan en la naturaleza su esencia y al mismo tiempo despiertan las riquezas del mundo, apartando al hombre de los terrores e inquietudes de la obscuridad sagrada de los misterios ancestrales lindantes con las fronteras de la irracionalidad. El pensamiento que los humanos albergan acerca de los dioses va desplegándose al hilo de las necesidades vitales y de los alientos que necesita para superarlas y satisfacerlas. El mundo existe en una gran complejidad, que contiene unos gérmenes eternos y que se configura en una multiplicidad cada vez más extensa y sugerente. La santidad primitiva de la naturaleza originaria se transfigura en la gloria de la obra de los dioses inspiradores de los humanos.

La naturaleza integrada e integradora contiene así el sentido de todo cuanto hay y de todo cuanto pueda llegar. Los dioses son representados bajo figuras humanas. A su vez los dioses configuran el reino en que todas las formas, la inanimadas, las animadas, y las humanas, se reflejan en aquéllos adquiriendo perfiles llenos de sentido y de espíritu creador.

La armonía de las cosas, de los hombres y de los dioses adquiere unidad en la persona de Zeus.

Cuando el hombre quiere captar la inmensidad y también la verdad de la intención divina sobre el mundo, vuelve su mirada precisamente hacia el gran Zeus. En esta perspectiva se contempla a sí mismo como formando parte de un gran organismo (*Membra sumus corporis magni*, escribía L. A. Séneca), dentro del cual conocimientos e iniciativas, éxitos y fracasos, goces y penas, son parte integrada en los grandiosos planes del padre Zeus. Pero esta participación le permite también conocer algo de las previsiones y juicios de Zeus. Así puede el hombre conocer los decretos de Zeus, o sea, lo "justo", lo establecido por Jove (versión latina de Zeus). Lo "justo" se encarnaba en el juego eterno de goce y sufrimiento, de dolor y de aprendizaje donde los lados buenos y malos se acoplaban como matices naturales en la existencia

humana. Sólo la perspectiva de los dioses permitía vislumbrar la conciencia de las realidades eternas, superando los perfiles de la naturaleza inferior, gracias a su incorporación a las vivencias espirituales de la naturaleza superior, o sea, de los dioses y sobre todo del gran padre de los dioses y de los hombres, Zeus. La divinidad se convierte así en la más depurada configuración de la realidad del mundo y del destino de los humanos que existen en medio de ese mundo. Pues todo espíritu superior viene depositado en el espíritu humano por los dioses. "Nadie me ha enseñado; es un dios quien ha plantado en mi corazón la melodía del canto" (*Odisea*, XXII, 347). También era decisiva la influencia divina para lo contrario: "Cuando el dios quiere llevar el mal a un hombre, primero le embarulla el sentido con el cual piensa" (Sófocles, *Antígona*, 620-624 en que lee también: "El mal debe parecer un gran bien al hombre cuyos sentidos un dios empuja hacia el desastre).

El hombre griego estaba lleno de deseos y de pretensiones, y estaba dotado de grandes capacidades. Pero siempre tenía su rostro vuelto hacia el resplandor de los dioses. Y ello era también el modo que tenía de entender la naturaleza entera. Como ha dicho bellísimamente Walter F. Otto "en lugar de elevar hasta el cielo sus fuerzas y sus virtudes, conducidas por una ilusión piadosa, el hombre griego ha escrutado en las líneas firmes de la experiencia de la naturaleza la silueta de lo divino. Todo cuanto se ha escrito sobre el "antropomorfismo" de la religión griega no es más que charlatanería. Aquella religión no ha convertido en humana la divinidad, sino que, por el contrario, ha visto lo divino que anidaba en el hombre". Y añade, en su apoyo, esta frase de Goethe: "El sentimiento y la aspiración de los griegos es el divinizar al hombre, no el humanizar la divinidad. Es un teomorfismo, no un antropomorfismo".

Precisamente el destello divino en el hombre consiste en la racionalidad. Sócrates lo manifiesta así antes de morir (Platón, *Apología de S.*, 21 ss.). Apolo le ha mostrado una grandeza santa:

no su propia grandeza como dios, sino la grandeza de la razón. Y la razón no consistía por tanto ni en creencias religiosas, ni en visiones míticas, sino en el reconocimiento claro de la realidad esencial de la existencia humana en el mundo, o sea, de la naturaleza.

Al hilo de este pensamiento socrático aparece que la divinidad griega no revela a sus elegidos una ley que se halle instalada, como están los propios dioses, en niveles inalcanzables de la naturaleza, sino en el centro mismo y en todo el despliegue de la naturaleza entera. La naturaleza abarca la plenitud entera y lo viviente en su conjunto, y se identifica con lo espiritual que alienta en todo cuanto quiere alcanzar su propia perfección. En esta integración natural de la espiritualidad divina reflejada en la humana, las dimensiones terrenas de la naturaleza no pierden nada de su frescor ni de su aliento vital.

Los preceptos de esta naturaleza grandiosa establecen el modo de incorporar toda la realidad a los proyectos humanos. Esta naturaleza tiende a completarse y a recrearse a sí misma en todos los sentidos. Y el esquema de tal plenitud viene ofrecido por las divinidades que apoyan la infinita empresa en que el humano intenta superar la debilidad y la fugacidad de su propia existencia. Esta fuerza inexorable constituye la fuerza del destino, la *Moiras*, cuya determinación arcana viene iluminada y enaltecida por las decisiones inviolables que crean el orden personalizado por la presencia de los dioses olímpicos.

La figura de la Divinidad-Juez se sitúa en el centro de la visión plural y armónica de la realidad natural, unificada definitivamente por la figura simbólica que dispensa recompensas y castigos. Sólo en contraste lúcido con la doble significación de la divinidad (Creador, Juez) puede entenderse la posición ontológica del ser humano, juntamente luchador y responsable. Al lado del Padre Olímpico (Zeus) presidiendo el conjunto de la actividad natural de seres animados, de hombres y de dioses, se hallan las antiguas Diosas que especifican esa función oscura e ingrata pero más necesaria que ninguna otra: las *Moiras*. Las *Moiras* significan la

fatalidad, cuyo sentido oculto representa la legalidad y la justicia inherentes a la vida. Una legalidad conforme a la cual el mérito y la culpa tienen por consecuencia recompensas y castigos.

Cualquier alteración en el orden de las cosas requerirá el remedio oportuno, a través de las medidas probadas que llevan el orden a una situación perturbada (E. Benveniste, *Vocabulario de las Instituciones Indoeuropeas*, Madrid 1983, 314 ss. asigna esta función a Zeus, conforme a textos homéricos). Cuando Zeus es llamado *médon* (medidor, protector, gobernador, curador) este epíteto se refiere al "poder" que ostenta el dueño de los dioses de aplicar una "medida" en una circunstancia dada. La dimensión jurídica de esta acción muestra una equivalencia entre el significado de *med-* y el de *ius*. Pero ambas formas —continúa Benveniste— son formas ritualizadas y fosilizadas. No hay formas ni derivados surgidos a partir de ellas. No hay en latín un nombre como el castellano "jurista" derivado de *ius*, indicando al que practica o aplica el derecho y la ley. Por el contrario sólo hay nombres compuestos: *iuris-prudens*, *iuris-consultus*, *iuris-peritus*. El *ius* es solamente código, dichos, recetas a aplicar. El papel del magistrado consiste en buscar la "medida" que hay que imponer en tal situación o en tal litigio. El *ius* es algo dado objetivamente, que sólo hay que mostrar y pronunciar.

Y la objetividad del *ius* se da primariamente en el lugar en que hay que encontrarlo: en la claridad, en la visión, en la previsión, en la providencia de la mente de Zeus. El pronunciamiento del decreto eterno de Zeus consiste en el *fas*, en el "dicho sagrado". Pero no exclusivamente como derecho divino, en que pudieran contrastar respectivamente *ius* (derecho natural sublimado en la mente de Zeus) y *fas* (oráculo divino indicando lo que es lícito hacer a un humano), sino como "palabra salvadora" especificada como independencia de quien la profiere (según Benveniste la raíz *bha-* se relaciona con la de *phemi* (=decir) y de *fatum* (=destino). *Fas* no solamente dice algo, sino que se refiere a lo que existe en cuanto que determina a algo. Que un Dios haya dicho y determinado algo

aparece como perfil maravilloso en el seno de la naturaleza. Los "decretos divinos" surgen ante la mente humana como remedio maravilloso. El término *thesphátos* indica hechos divinos, inauditos, propios de un oráculo que expresa el destino, dentro de un marco de influencias racionales donde ese destino humano resulta limitado por los dioses. Ese es el criterio de la ley de naturaleza expresado mediante la asignación de esa función medidora y previsoras en quien únicamente se aparecía capaz de tal tarea: la mente del supremo dios Zeus, el personificador del *iustum*.

Id quod iustum est: el acierto con que un jurista indaga y adivina la medida salvadora que capta el destello de toda la realidad y la expresa en la clara mente del dios de la luz que resplandece sobre el tiempo.